

ARTÍCULOS

MIRIAM A. GLUCKSMANN*

FORMACIONES SOCIOECONÓMICAS DE TRABAJO Y EL TRABAJO DEL CONSUMO

Introducción

El curso de los acontecimientos en el mundo global del trabajo y el empleo plantea un desafío fundamental a la división del trabajo como concepto fundacional y perdurable de la sociología del trabajo. Los efectos sobre el tiempo/espacio de las comunicaciones electrónicas, las cadenas globales de abastecimiento, la extensión de las economías de servicios y del conocimiento, la reestructuración de las relaciones entre los sectores del mercado y otros ajenos a este, la hibridación de formas socioeconómicas y su entrelazamiento transforman el trabajo y remodelan las relaciones entre los trabajadores, dando lugar a conexiones y divisiones diversas del trabajo. Tal como se enuncia convencionalmente, la división del trabajo no recoge adecuadamente ni esta complejidad ni esta diversidad. Se formuló originalmente como concepto sociológico con el fin de interpretar las transformaciones a gran escala de la vida social y económica del siglo XIX, fruto de la industrialización y la urbanización. Durante las últimas décadas, se ha dado en gran medida por sentado como concepto marco, apenas revisado desde los debates en torno a Braverman en la década de 1970. Frecuentemente incluida como parte del proceso laboral, la división del trabajo tiene un alcance mucho más amplio y, en potencia, la capacidad de arrojar luz sobre nuestra interpretación de la nueva dinámica de interdependencia empleando nuevas escalas respecto al espacio. Un desafío fundamental es recuperar su capacidad de dar sentido a las transformaciones que se están produciendo en nuestros días.

El objetivo de este trabajo es contribuir a un proceso de renovación a través de dos vías conectadas. En primer lugar, esboza un marco multidimensional para caracterizar las formaciones socioeconómicas de la mano

Recibido 2-XI-2011

Versión final 29-II-2012

* Miriam A. Glucksmann, Department of Sociology, University of Essex, Wivenhoe Park, Colchester CO4 3SQ, UK, Tlf.: +44 - (0) 1206 873039, Fax: +44 - (0) 1206 873410. Correo electrónico: glucm@essex.ac.uk

Sociología del Trabajo, nueva época, núm. 75, primavera de 2012, pp. 7-28.

de obra, y en segundo lugar propugna un nuevo campo de investigación, el del «trabajo del consumo»¹. En el marco propuesto, la concepción original de la división del trabajo, incluyendo las revisiones del siglo xx, se amplía con la aportación de dos modos de conexión y división adicionales. El postulado implica dos niveles de análisis. En el primero, se diferencian tres formas de interdependencia y diferenciación del trabajo:

- 1) La división técnica de tareas y capacidades y su asignación a diferentes tipos de personas (División del Trabajo o DT). Se trata de la concepción clásica de la diferenciación y complementariedad de las capacidades y las tareas, incluyendo su jerarquización.
- 2) Las conexiones o interdependencias del trabajo en el campo de diferentes modos socioeconómicos (Organización Social Total del Trabajo o OSTT), donde el trabajo se sustancia en diferentes bases socioeconómicas (de mercado o no, formales o informales, retribuidas o no, y así sucesivamente).
- 3) Las conexiones o interdependencias entre las diferentes fases de los Procesos Económicos Instituidos del Trabajo (PEIT). Abarca el trabajo realizado a lo largo de todo el recorrido de un proceso de producción de bienes o servicios. Por ejemplo, las diversas fases de trabajo asociadas con llevar los alimentos del campo o la granja a la mesa, o la ropa de la fábrica a la tienda y al usuario final, o la prestación desde internet del proveedor de infraestructuras al proveedor de servicio, y de este al estudio o la oficina. Esta dimensión incorpora las tareas de producción, distribución, comercialización, ventas y otros procesos de intermediación. También incluye el trabajo de los consumidores allí donde es necesario para hacer uso de bienes o servicios. El concepto de «trabajo del consumo» aporta un nuevo y significativo punto de conexión entre las sociologías del trabajo y del consumo.

En el segundo nivel, la combinación e interacción de estas tres dimensiones constituyen la formación socioeconómica del trabajo global (FSET). Este término hace referencia a la relación y articulación de estas formas diversas de diferenciación e interdependencia del trabajo, a las que considera un nivel específico a analizar. Quisiera sugerir que *cualquier* estudio contemporáneo, se realice donde se realice, se beneficiaría de un análisis en términos de las configuraciones histórica y comparativa de las tres dimensiones (técnica, modal y económica como proceso). En efecto, este tipo de análisis podría ser esencial para entender el cambio contemporáneo en los diversos mundos del trabajo.

El segundo objetivo del este estudio, introducir el «trabajo del consumo» como nuevo campo de investigación, atrae la atención hacia un aspecto hasta hoy ignorado, pero de creciente importancia, de la división del trabajo. Incorporar al consumidor cuestiona el enfoque tradicional del concepto,

¹ Este artículo desarrolla el análisis del programa de investigación Consumption Work and Societal Division of Labour, financiado por una beca del European Research Council Advanced Investigator (DivLab 249430), con el que la autora está en deuda.

centrado en la división técnica de tareas y capacidades en el seno de un proceso laboral o un sector del trabajo relacionado con el empleo retribuido, fundamentalmente en el terreno público. La primera sección del estudio repasa el bagaje conceptual del que disponemos para analizar las divisiones y conexiones del trabajo. Las secciones centrales abordan en profundidad el marco multidimensional utilizado para analizar las formaciones socioeconómicas laborales.

Mi objetivo al proponerlo, si bien de modo preliminar, es poner en marcha una discusión que pueda permitirnos avanzar en algún sentido. El trabajo de los consumidores constituye un componente integral de este marco y la siguiente sección amplía el concepto de «trabajo del consumo». Una vez más, esta discusión es, necesariamente, programática y esquemática.

Hagamos balance

El rico legado de los clásicos, junto con las nuevas líneas de pensamiento introducidas a finales del siglo xx constituyen un sólido punto de partida para el proyecto de renovación. En *La riqueza de las naciones* (1776), Adam Smith defendió que la división del trabajo aumenta la capacidad productiva del mismo, y por tanto su capacidad para la creación de riqueza. Recurriendo al famoso ejemplo de la producción de alfileres, mostró que «la división y combinación de diferentes operaciones» en tareas sucesivas tenían como resultado un incremento mínimo de la capacidad de producción de doscientas cuarenta veces. Si bien la apropiación sociológica del concepto por Durkheim y Marx realza también la especialización, el individualismo y la consiguiente interdependencia, ellos no vinculan estos tan positivamente como lo hace Smith, en lo que al mercado libre y la competencia se refiere. Su preocupación se centra más en el substrato socioeconómico-político de la división del trabajo y sus formas correspondientes de cohesión, desigualdad, poder y moralidad o ideología. El principal interés de Durkheim (1893) se centraba en los efectos sobre la solidaridad social de distintos tipos de división del trabajo. Él caracterizaba las sociedades industriales modernas por lo que denominaba «solidaridad orgánica», derivada de la diferencia e interdependencia complementarias, resultantes de la diferenciación funcional y la especialización. La individuación y diferenciación producidas por la división del trabajo se convierten en fundamento de la solidaridad social, en vez de minar esta, y la cohesión es un resultado de la potenciación de los vínculos sociales. Por contraste, Marx (1887) y la posterior tradición marxista entendieron la división del trabajo como algo inherentemente contradictorio. La subdivisión y fragmentación de las tareas trae consigo la posibilidad de unas relaciones asimétricas respecto al poder, las capacidades, el conocimiento y la retribución económica. Al escribir en los tiempos en que la producción fabril suplantó a la artesanía, Marx llamó la atención hacia la desaparición del artesano capacitado y la enorme expansión del trabajo no especializado, que condujo a una jerarquía laboral con su correspondiente escala de salarios, y a la subsiguiente división, en continua expansión, entre beneficios del trabajo y beneficios

del capital. Pero si se entiende la división del trabajo predominante como algo íntimamente ligado a la relaciones de intercambio del «modo de producción» del que forma parte, la teoría de Marx plantea la posibilidad de que pueda diferir radicalmente en formaciones sociales no capitalistas.

Posteriores ampliaciones del concepto, realizadas en un intento de explicar nuevas realidades, tendían a dar por sentada la detallada división de las tareas en la vida económica inspirada por el pensamiento clásico. La atención se desplazó hacia el modo en que estaba vinculada a otras divisiones sociales o económicas y también a cómo actúa sobre una variedad de niveles. El desigual desarrollo económico en distintos países, ya previsto en los análisis de Marx sobre el colonialismo y en los de Lenin sobre el imperialismo, se convirtió en un importante centro de atención, que extendía el alcance del concepto al plano global. Se dedicó mucha atención a las siempre cambiantes y complejas relaciones de poder y riqueza desiguales, que vinculaban a diferentes regiones y países, subproducto de las diferentes divisiones espaciales e internacionales del trabajo, por las que diferentes lugares se especializan en diferentes campos de trabajo. La internacionalización de la división de la fuerza de trabajo evidenció claramente las relaciones de desigualdad, coloniales o de otra naturaleza, entre países más o menos «desarrollados» hoy características de la globalización (p. ej., COHEN, 1987; DICKEN, 2007).

Inicialmente formulada por Braverman (1974), la teoría del «proceso del trabajo» reorientó la atención dirigida a la división del trabajo hacia la gestión y las relaciones de poder empresarial asociadas con las nuevas tecnologías de producción y servicios, incluyendo la información y el conocimiento. Se puso especial énfasis en los procesos de «descualificación», consecuencia de la subdivisión y fragmentación extensiva de las tareas; en nuevos modos de control, que incluyen una monitorización y supervisión intrusistas; y en la «proletarización» y «degradación» de los viejos trabajadores especializados, que habían disfrutado antes de unas condiciones de trabajo más favorables que las de los trabajadores manuales.

A partir de la década de los setenta, los movimientos feministas y anti-racistas pusieron de relieve que la división técnica del trabajo se veía casi siempre influenciada por diferencias de género, étnicas u otros principios de segregación, lo que incentivó una nueva valoración de la asignación desigual del trabajo. Se admitió que las estructuras ocupacionales reforzaban y eran reforzadas por las jerarquías de género, sexualidad, etnia o estatus nacional, hasta el punto de que ya no era posible concebir los trabajos como «puestos vacantes» (ARMAN, 1981) a ocupar por «cualquiera». Este reconocimiento generó abundantes estudios empíricos, que documentaban lo que cabría llamar «la división poblacional del trabajo». Estos apuntaban a divisiones por género largo tiempo establecidas, subyacentes a la concentración de mujeres y hombres en determinadas ocupaciones, o a divisiones étnicas y raciales del trabajo características en muchos países, donde los trabajadores inmigrantes o sus descendientes se concentran en los escalones más bajos de la escala social (p. ej., CASTLES y MILLER, 2003).

También es patente la fecundidad teórica del feminismo en revisiones académicas más recientes de la división del trabajo, que reconocen como trabajo el no remunerado. Las «cadenas de aprovisionamiento» de Gershuny,

por ejemplo, incorporan formas socioeconómicas tanto remuneradas como no remuneradas. Muchas secuencias alternativas de actividad pueden conducir a un servicio similar, por lo que las cadenas de aprovisionamiento comprenden «conjuntos enlazados de actividades de producción y consumo» (GERSHUNY, 2000, p.18). De modo similar, el influyente texto de Pahl (1988), en especial su epílogo, ponía el énfasis en que era posible realizar el mismo trabajo a través de relaciones socioeconómicas diversas. La anterior investigación de Pahl sobre las divisiones del trabajo en la isla de Sheppey (1984) había diferenciado varias formas de trabajos caseros e informales, y otros realizados por o para miembros del hogar, que se interpretan como autoservicio (en sentido literal) o «autoaprovisionamiento». Este profético análisis sobre el trabajo remunerado y no remunerado realizado para la propia familia prefigura el enfoque aplicado al «trabajo del consumo» esbozado más abajo.

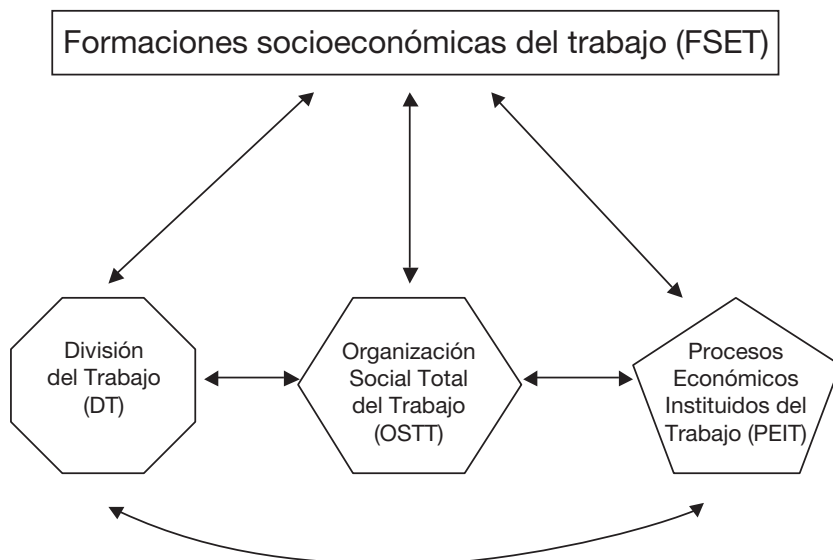
Así, las aplicaciones recientes del concepto lo hacen más adecuado al mundo contemporáneo, al añadir una dimensión espacial «horizontal» al anterior enfoque «vertical». Ya no bastaba con caracterizar la división del trabajo simplemente como una jerarquía sin tomar también en consideración cómo sus distintos niveles eran distribuidos por géneros, etnias o entre diferentes países. Lo que es más, extender su alcance sobre los modos socioeconómicos, alejándolo del enfoque primario sobre el empleo asalariado formal, facilita el análisis del trabajo no remunerado o exterior al mercado y de la interfaz entre el trabajo realizado bajo diferentes relaciones socioeconómicas.

Sin embargo, estas reformulaciones no afrontan directamente ciertas insuficiencias analíticas heredadas del concepto clásico de división del trabajo. En primer lugar, e intrínsecamente a ese concepto, perdura todavía la confusión sobre hasta qué punto la división del trabajo es meramente una cuestión técnica derivada del cambio tecnológico, o es sobre todo una manifestación de poder de clase o empresarial. En segundo lugar, si la clase es una forma de desigualdad generada en la producción de mercancías y materializada a través del mercado, ¿qué hay de las desigualdades que surgen en el seno de modos de aprovisionamiento ajenos al mercado? Además, la división del trabajo entre modalidades de mercado y de no-mercado puede ser una fuente de desigualdades distintivas (por ejemplo, las desigualdades de género en el trabajo remunerado y el no remunerado). En tercer lugar, el eje dominante del concepto de división de tareas y ocupaciones apenas roza la cuestión de la organización de la economía como un todo, en el sentido de la integración y diferenciación del trabajo en producción, distribución, intercambio y consumo de bienes y servicios. (Esta perspectiva neopolanyiana se aborda con mayor detalle más adelante.) También esto representa otra fuente posible de desigualdades distintivas (por ejemplo, el poder relativo de los trabajadores en la manufactura y la venta minorista).

Dimensiones de integración y diferenciación del trabajo

Tras presentar mis razones en favor de una renovación, el resto del análisis esboza un marco multidimensional, que distingue entre modos analíticamente distintos de diferenciación e integración del trabajo, que se combi-

Figura 1. Formaciones socioeconómicas del trabajo



Fuente: Elaboración propia.

nan en una formación socioeconómica global del trabajo. La selección y definición de los tres aspectos es el resultado de análisis extensivos de toda una gama de investigaciones sobre el trabajo y el empleo, incluyendo el mío propio.

Diferentes de la clásica, incluyendo la división «habitada» del trabajo, que sigue siendo central, se identifican como cruciales otras dos dimensiones: las interacciones a través de los modos socioeconómicos y a través de un proceso económico global instituido. La variación en modos de aprovisionamiento socioeconómico da lugar a divisiones y conexiones distintivas, operativas a distintas escalas, entre el trabajo pagado y el no pagado, entre el trabajo realizado voluntariamente o en el sector público o el privado realizado con ánimo de lucro. De modo similar, todo el alcance de un proceso socioeconómico particular puede conceptuarse mediante la diferenciación y la integración del trabajo en la producción, la distribución, el intercambio y el consumo. Ninguna de estas dimensiones puede reducirse a una división técnica del trabajo. Implican diferentes procesos, tienen diferentes mecánicas y efectos diferentes a los de la división técnica del trabajo, tanto al nivel individual, en lo referente a la experiencia y las condiciones de trabajo, como al nivel social, en cuanto a la integración socioeconómica (o la ausencia de la misma).

Para facilitar la explicación, «formación socioeconómica del trabajo» denota la combinación global de los tres componentes de diferenciación e integración (división del trabajo, organización social total del trabajo y procesos de económicos instituidos de trabajo), que se articulan unos con otros. En adelante, «división del trabajo» conservará su significado clásico de diferenciación y asignación de las tareas. «La organización social total del traba-

jo» amplía su formulación de género original para hacer referencia con mayor generalidad a las interdependencias a través del modo socioeconómico. «Proceso económico instituido del trabajo» designa interacciones entre las diferentes etapas o fases de una actividad consideradas a través de las fases sucesivas de producción, distribución, intercambio y consumo. En la Figura 1 se ofrece una representación en forma de diagrama en la que el concepto original de la división técnica del trabajo se sitúa en el marco multidimensional más amplio.

División del Trabajo (DT)

Esta dimensión hace referencia a la división del trabajo y las capacidades tal como se despliega convencionalmente para analizar la división de tareas en un proceso de trabajo o un lugar de trabajo y la distribución de estas entre personas. Si bien los dos aspectos –la división técnica de las tareas y su asignación a personas– son analíticamente disjuntos, en realidad la distinción puede ser menos nítida. La simplificación y fragmentación taylorista de los trabajos está ostensiblemente diseñada sin la menor consideración sobre quién ha de realizarlos, por ejemplo, en las tareas propias de una cadena de montaje. No obstante la disponibilidad o ausencia de tipos particulares de mano de obra (femenina, emigrante, capacitada/no capacitada) podría también dar forma a la división técnica de las tareas. Reconocer que la división técnica de las tareas se solapa frecuentemente con otras divisiones sociales no adscribe una causalidad unidireccional simple a la relación. En una división jerárquica del trabajo, por ejemplo, entre trabajadores de cadena de montaje y el personal técnico y supervisor, se instaura una tensión persistente entre el propósito de la división, maximizar la productividad o los beneficios (la formulación clásica de la desigualdad de clase), y la multitud de desigualdades generadas por la división del trabajo en sí.

Hay numerosos informes que revelan la división del trabajo siguiendo esas líneas. Por tomar un ejemplo bien conocido, la aparición histórica en la medicina occidental de la división del trabajo entre médicos y enfermeras, de la curación y los cuidados, separó sistemáticamente la competencia técnica de las capacidades prácticas, estableció rutas de formación diferentes, organizaciones y carreras profesionales para cada grupo en una relación jerárquica de poder, prestigio y recompensa (BRADLEY, 1989; PRINGLE, 1998). La estructura ocupacional resultante conservó su carácter altamente genérico durante más de un siglo, con los roles de enfermería desproporcionadamente asignados a mujeres, a menudo emigrantes, a partir de mediados del siglo xx. La incorporación de las mujeres a las tareas médicas es relativamente reciente, al igual que los intentos en Reino Unido de romper la rígida distribución de tareas entre médicos y enfermeras.

Virtualmente todos los lugares de trabajo y todos los procesos de trabajo son accesibles al análisis siguiendo estas líneas, al margen de su pertenencia al sector público o el privado. Se han examinado así fábricas, tiendas, hospitales y bancos. Dada la rapidez de su crecimiento, reciente-

mente los centros de llamadas, los teleoperadores, están siendo objeto de interés. Respecto a ellos, los estudiosos centran la atención en el despliegue de modos específicos de supervisión electrónica, el control de los directivos y los sistemas de pago y sus efectos sobre las condiciones de empleo y la experiencia de trabajar (p. ej., TAYLOR *et al.*, 2002; BAIN y TAYLOR, 2000). En este campo, es frecuente que la sociología del trabajo se solape con la teoría del proceso laboral de Braverman y sus estudios sobre organización y empresas. Si bien para algunos el objetivo fundamental es alguna demarcación entre trabajos (p. ej., los trabajos flexibles), para otros pueden serlo la forma que adoptan las jerarquías directivas (p. ej., «planas»), o los recortes de plantilla mediante intentos de «aligeramiento», las contrataciones de parados o el uso de trabajadores de agencias, externalizados o subcontratados. Tales prácticas tienen un inevitable impacto, en formas muy evidentes, sobre la división del trabajo, aunque no sean el tema central de los estudios (BEYNON *et al.*, 2002). Recurrir a una mano de obra más «barata» puede desincentivar la innovación tecnológica y la formación continua de la mano de obra local, y desde luego contribuye a la extensión de una división internacional desigual del trabajo en la que el empleo en la metrópolis está sesgado hacia la Investigación y el Desarrollo, las finanzas y las ventas, mientras que los bienes se producen en China o se proporcionan servicios en India.

La división del trabajo sigue siendo un componente integral y dinámico de la concepción multidimensional que se propone aquí. No obstante, los cambios en la división técnica de las tareas no pueden explicarse desde dentro, exclusivamente en sus propios términos. La incorporación de la mujer a la profesión médica, por ejemplo, puede entenderse sólo como parte de la mayor «credencialización» de las mujeres y su admisión en el seno de las profesiones, (WALBY, 1997). Y la cambiante demarcación entre médicos y enfermeras está relacionada con la proliferación de ocupaciones para-médicas, que podría estar siendo organizativa o políticamente impulsada. La división del trabajo de atención a terceros, por tomar otro ejemplo, adquiere forma en función de la distribución de responsabilidades entre diferentes modalidades socioeconómicas de provisión, lo que afecta a qué aspectos del trabajo de atención se realizan en forma de trabajo remunerado o no remunerado. Las variaciones nacionales en cuanto a lo que cuenta como «cuidado» o «atención», frente a la provisión social o sanitaria, la educación o el trabajo doméstico tienen como resultado divisiones técnicas del trabajo que pueden parecer muy diferentes unas de otras en diferentes países. Y el caso de la preparación de los alimentos (véase más adelante) revela cómo la división del trabajo en cada fase de los procesos de producción, distribución e intercambio hasta el consumo, viene predicada por la existente en todas las demás. Así pues, las tareas del trabajo alimentario doméstico están configuradas y cambian en relación con la expansión de los alimentos preparados en eslabones anteriores de la cadena. Aunque la innovación tecnológica tiene su impacto sobre la división técnica del trabajo al alterar las tareas y el contenido del trabajo, no es el único, ni siquiera el principal factor que da forma a la división del trabajo, como indican estos variados ejemplos.

Organización Social Total del Trabajo: conexiones del modo socioeconómico (OSTT)

Esta segunda dimensión de la integración y diferenciación desplaza el enfoque hacia las interacciones entre las actividades laborales y de trabajo atravesando las fronteras de las modalidades socioeconómicas. Estas siempre han sido permeables, una misma actividad de trabajo podía recorrer más de un territorio. De modo similar, hay interacciones entre los territorios socioeconómicos, públicos y privados, domésticos y del mercado, y así sucesivamente. El concepto de OSTT (GLUCKSMANN, 1995) tuvo su origen en los intentos de dilucidar las conexiones de género entre el trabajo remunerado y el no remunerado y ha sido extensamente aplicado (GLUCKSMANN, 2000; CROMPTON, 2006; BRADLEY, 2007; MCDOWELL, 2005; PETTINGER *et al.*, 2005; ACKER, 2006; STRANGLEMAN y WARREN, 2008). Si bien el género sigue siendo central, la concepción revisada de la OSTT aquí ofrecida amplía su alcance, pasando de centrarse de modo predominante en el mercado y el hogar y las relaciones de género entre ellos, a tomar en consideración las interconexiones y la configuración mutua del trabajo en todo el espectro de los modos socioeconómicos (mercado, estado, no financieros, domésticos, comunitarios y así sucesivamente).

Hay una variedad de «desarrollos en el mundo real» que buscan el reconocimiento de esta dimensión de diferenciación e integración del trabajo. La salida masiva de la mujer del hogar y su dedicación al trabajo remunerado durante periodos de tiempo cada vez mayores obedece a grandes cambios en el trabajo doméstico y de atención, a la proliferación de mercancías para el hogar, la proliferación de instalaciones de cuidados pagados para los niños, y la reaparición parcial del trabajo doméstico remunerado. La privatización de muchas áreas laborales anteriormente propias del sector público se ha convertido en un rasgo dominante en los últimos veinte años, bien mediante subcontratas o cierres y mediante la transferencia, a todos los efectos, de antiguas responsabilidades del estado y el empleo al mercado del sector voluntario o a los hogares. Como consecuencia, se ha producido una redistribución significativa del trabajo entre diferentes modos de provisión, y una alteración de la distribución global del trabajo entre los sectores doméstico, del mercado y público. Los sociólogos del trabajo han ocupado la vanguardia en la documentación sobre el impacto de tales cambios en las condiciones de empleo y trabajo, realzando la creciente precariedad del empleo, la diversidad de contratos y la erosión de los estándares previamente aceptados sobre las condiciones y las horas de trabajo. Se ha dedicado menor atención a la creciente importancia del sector «sin ánimo de lucro» como factor económico y coordinador y empleador de trabajadores, tanto remunerados como no remunerados, cuya importancia va en aumento. A pesar de la privatización, en todas las economías capitalistas avanzadas, los híbridos y los modos ajenos al mercado de provisión se han expandido dinámicamente hasta tal punto que hoy es necesario entender el capitalismo como fundamentalmente multimodal. Los términos del tipo «economía dual» o «economía mixta» apenas capturan la complejidad y variedad de tales formas.

La OSTT puede proyectarse a través de diferentes prismas, dependiendo de la pregunta clave de la investigación. Una podría ser el campo de actividad, como el trabajo de atención a terceros, la preparación de alimentos y la elaboración de ropas, donde el análisis abarcaría las organizaciones y lugares de trabajo. El concepto es igualmente aplicable en los niveles micro, meso o macro y a unidades de diferentes escalas. Para el individuo o la familia, la interdependencia entre los modos de trabajo formal e informal, remunerado y no remunerado, es (relativamente) evidente por sí misma. Por ejemplo, mientras que la mayoría de la gente realiza un trabajo remunerado y trabajos domésticos no remunerados, hay quien realiza también trabajos voluntarios no remunerados, en los que las correspondientes proporciones y combinaciones varían por géneros y a lo largo del ciclo vital (TAYLOR, 2004; 2005). Comprender cómo dos grupos de mujeres, tejedoras y trabajadoras ocasionales, del Lancashire de mediados del siglo xx lograban realizar sus tareas domésticas hizo necesario hacer referencia no sólo al trabajo no remunerado que realizaban en el hogar y a su trabajo remunerado, sino también a las ocupaciones de sus maridos y a las redes locales de intercambio informal entre las mujeres, que implicaba múltiples interconexiones a través de modos socioeconómicos (GLUCKSMANN, 2000).

Pero los países se caracterizan también por mezclas diferentes y cambiantes de modos socioeconómicos de trabajo. Un mismo trabajo puede ser emprendido por el sector público del Estado, el mercado privado, el no lucrativo, el doméstico, el comunitario o, más habitualmente, por una mezcla de lo anterior, combinación que es distinta en diferentes países. Si bien en algunos de ellos puede ser dominante un modo socioeconómico de provisión en particular –por ejemplo el estado–, en otros puede serlo el sector sin fines lucrativos o el doméstico. La investigación comparativa sobre el trabajo de atención a los mayores demuestra con claridad esta variabilidad (LYON y GLUCKSMANN, 2008). Los modos de provisión de atención varían con la nacionalidad, y se adoptó una perspectiva media de cada país con el fin de explorar los vínculos entre los modos mercado y no-mercado, formal e informal, retribuido o no. La investigación se centró en la contribución relativa de cuatro grandes modos de provisión (estatal/pública; familia/comunidad; voluntario/sin ánimo de lucro; mercado/por beneficios) en cuatro países (Italia, Países Bajos, Suecia y Reino Unido), seleccionados por sus diferentes modelos de bienestar social. Se comprobó que las diferentes formas de provisión no sólo desempeñaban un papel y tenían un significado distinto en cada país, sino también que interactuaban de modos nacionalmente característicos, distintivos. Este enfoque analítico reveló la diversa relevancia de distintos modos socioeconómicos en diferentes países, y también atrajo la atención hacia el significado socioeconómico del sector «sin ánimo de lucro». En Países Bajos, este sector ha sido históricamente un importante proveedor de servicios, al contrario que en Suecia, donde su papel ha sido mínimo. En el Reino Unido, el «tercer» sector se hace cargo cada vez más de contratos del gobierno, en especial en el campo del bienestar y la justicia criminal, que se pagan mediante los impuestos –un salto muy grande desde el modelo tradicional de caridad, filantropía y trabajo no remunerado–. Queda por dilucidar de qué modo un trabajo idén-

tico y las condiciones de empleo para realizarlo se ven afectados por el sector socioeconómico del empleador, tanto nacional como comparativamente.

A escala nacional, los países pueden caracterizarse por OSTT o configuraciones distintivas del modo socioeconómico en las que algunos modos predominan sobre otros, con efectos colaterales respecto a las condiciones y conexiones de la mano de obra. Estas OSTT nacionales han sido históricamente configuradas por factores culturales y sociales, así como por factores políticos y económicos, y también están sujetos a cambios. En este campo la política tiene mayores probabilidades de ejercer una influencia causal que el cambio tecnológico.

Procesos Económicos Instituidos del Trabajo (PEIT)

El modo en que el trabajo se distribuye y organiza entre todos los procesos de producción, distribución, intercambio y consumo constituye la tercera dimensión de la interdependencia de las actividades laborales en toda la economía. El concepto de PEIT proviene del trabajo de Karl Polanyi, y en particular de una perspectiva respecto al «proceso económico instituido» derivada de este (HARVEY, 2007). Mientras que Polanyi consideraba que los procesos de intercambio (transferencia de la propiedad en una sociedad de mercado) y de distribución eran dos procesos económicos diferenciados e interdependientes que integraban la sociedad, el nuevo enfoque amplía la idea para incluir la provisión/producción y el consumo. Conjuntamente, estos cuatro procesos distintos pero interdependientes unifican la economía, ofreciendo una base económica para la integración social o societal (*ibid.*, pp. 168-174). La producción vincula a los trabajadores con los consumidores, del mismo modo que el mercado conecta a los compradores con los vendedores. Incorporar el trabajo a este marco significa reconocer que el trabajo realizado para completar cada proceso es también diferenciado e interdependiente. Por ejemplo, el trabajo realizado en el proceso de intercambio puede afectar al trabajo de distribución, o el trabajo de producción puede afectar al «trabajo del consumo». En muchos sectores, los sectores de teleoperadores han reconfigurado la naturaleza y la relación entre el trabajo de vender y el trabajo de distribuir, mientras que la «IKEA-ización» afecta al trabajo de producción y al del consumo. Así pues, las actividades laborales de los diferentes procesos están conectadas y se dan forma mutuamente. Pueden variar históricamente y/o desplazarse entre diferentes fases. Cómo el trabajo de una fase de un proceso global se diferencia y se integra junto con todos los demás para constituir una economía del trabajo amerita un análisis por derecho propio.

La incorporación del consumidor como componente integral del proceso económico es clave para esta concepción, al incorporar al marco analítico la creciente cantidad de trabajo hoy requerida del consumidor antes o después del intercambio para el uso de bienes o servicios. El trabajo de los consumidores, y su lugar en los PEIT, da también forma a la articulación entre los cuatro procesos. El trabajo del consumidor como comprador afecta al trabajo del minorista como vendedor, y viceversa. En los ejemplos ex-

puestos más abajo, el trabajo se transfiere en direcciones opuestas, lo que de nuevo indica una interconexión más generalizada entre el trabajo del consumo y el trabajo en otro lugar de un proceso económico.

La introducción de los centros de llamadas o de teleoperadoras es un buen ejemplo del carácter integrado de un proceso económico de trabajo instituido. Pongamos por caso el de las ventas telefónicas (GLUCKSMANN, 2007). En comparación con sus predecesoras «terrestres», en las ventas por teléfono se fusionan varias fases de compra. Pero las otras fases se diferencian, por lo que los diferentes elementos del trabajo de vender se reconfiguran y redistribuyen. Aumenta el empleo en el control de stock, el almacenamiento, la conducción y la carga al aumentar la importancia de la logística, mientras que los dependientes tradicionales entran en declive ya que sus trabajos pertenecen específicamente a un entorno espacial que combina la exposición con las ventas. En comparación con los dependientes, los teleoperadores desempeñan «actividades» de servicio, pero se concentran en realizar la venta. El paso del cara a cara a la venta minorista vía teleoperador transforma el «trabajo» tanto de compra como de venta, lo que requiere nuevas habilidades y altera las prácticas y experiencias de ambas partes. La venta por teléfono tiene, pues, un impacto no sólo en el trabajo propio de las transacciones de venta, sino también en el proceso más amplio del que forma parte, algo que es aplicable a los muchos y diversos terrenos que han adoptado las operaciones vía ICT o de localización remota.

La comida es otra demostración clara de la configuración mutua del trabajo en las diferentes fases de una economía instituida del trabajo. La expansión de la comida precocinada es la prolongación de un desplazamiento histórico a largo plazo del trabajo de preparación al consumidor final que acerca a este más a las fábricas, los centros de distribución y las tiendas. El trabajo realizado en cada fase del proceso de preparación de alimentos desde la producción, a través de la distribución y el intercambio hasta el consumo, depende del existente en todas las demás. Las tareas de la preparación doméstica de comida son pues configuradas y cambian en relación con las anteriores del proceso. En el Reino Unido, donde la comida precocinada se vende como marca propia de las grandes cadenas de supermercados, es instructivo examinar las fronteras laborales entre productor, minorista y consumidor desde esta perspectiva (GLUCKSMANN, 2008). La frontera entre fabricante y minorista es variable respecto a la innovación, el diseño y el desarrollo de nuevos productos; responsabilidad por el empaquetado; investigaciones sobre el consumidor; eliminación de los desechos; y cumplimiento de la ley, al respecto de lo cual algunos supermercados requieren que sus proveedores realicen un número mayor de estas tareas que otros. El trazado exacto de la línea que separa al fabricante del minorista tiene implicaciones en lo que se refiere a la estructura ocasional y la escala de empleo para ambos. De modo similar, dado que la comida precocinada puede requerir una mayor o menor aportación por parte del cliente, la posición exacta de esta frontera laboral también varía. El extremo más remoto del continuo se caracteriza por la venta de comidas ya preparadas que se venden en bandeja apta para el microondas que sirve también como plato, con lo que se elimina la necesidad de usar uno o tener que

fregarlo después. La tendencia, antes de la actual recesión, era «dejar algo que hacer» al consumidor, como añadir pan frito a una sopa, seleccionar aderezos temáticos para complementar un plato exótico o combinar una variedad de componentes preparados para hacerse una comida a la medida. Considerada por la industria alimentaria como parte de un ciclo de moda, esta tendencia está siendo reexaminada hoy a la vista de los cambios en las circunstancias y los cambios de elección de los consumidores respecto a la comodidad, la velocidad y el trabajo por una parte y el coste por la otra.

Formación socioeconómica del trabajo

El nivel de segundo orden ofrece un foco analítico para conceptualizar las conexiones entre las tres diferentes dimensiones de diferenciación e interdependencia. Explora cómo se engranan unas con otras en la práctica, y la forma y grado de distintividad de su combinación como formación socioeconómica multidimensional del trabajo. Provisionalmente, una FSET se considera un nivel de realidad constituido mediante la articulación de las tres dimensiones, en vez de una realidad constituyente dotada de su propia dinámica y su propio valor explicativo. Pero esto puede reflejar simplemente la ausencia de la investigación histórica y comparativa requerida a este nivel ontológico. Al igual que con las tres dimensiones en sí. Una FSET no está limitada a una escala particular de análisis, sino que es aplicable desde el nivel internacional al muy local o micro. En algunos campos la conexión entre las tres dimensiones puede ser elástica, en otros más rígida. La mutua configuración puede ser más o menos fuerte, y puede afectar a dos dimensiones o a las tres. Los efectos interactivos en este nivel superior pueden caracterizar algunos pero no todos los casos. No hay nada predeterminado.

Tampoco, como ya se ha implicado, es un enunciado funcionalista: puede haber tensiones y contradicciones entre las tres dimensiones, y toda alteración en una de ellas probablemente dificulte el buen funcionamiento de las otras. El desarrollo de las compras en internet, por ejemplo, al reconfigurar el proceso instituido del trabajo minorista alterando la localización y la secuencia de intercambio y redistribución (PEIT), rompe directamente la división técnica del trabajo del dependiente o comerciante (DT). También altera la división de trabajos previamente realizados por el dependiente minorista y el cliente, respectivamente, en empleo remunerado o «trabajo del consumo» no remunerado (PEIT y OSTT).

Dado que las formaciones socioeconómicas de trabajo son siempre específicas, lo más sencillo es elaborar este nivel de análisis revisando ejemplos anteriores. Las centralitas telefónicas realizan diferentes actividades, ocupando diferentes posiciones y localizaciones espaciales diferentes en una cadena de procesamiento (PEIT), dependientes de su campo y su función (GLUCKSMANN, 2004). La división técnica interna del trabajo dentro del centro de llamadas se verá afectada tanto por la función como por el lugar ocupado dentro de la estructura organizativa general así como por el campo de trabajo. Así, el centro de llamadas que organiza el servicio para un proveedor de gas se diferenciará de otras partes del servicio y sus tareas

estarán directamente configurada por estas últimas (DT). No obstante, el modo de operación socioeconómica (OSTT) puede no tener tal influencia en la división técnica del trabajo. Queda por dirimir si las tareas se subdividen o asignan directamente a diferentes tipos de personas en virtud de que actúen en el sector público o en el privado sin ánimo de lucro. ¿Se ve afectada la división técnica de las tareas en el Director Samaritans del NHS (National Health Service, la Seguridad social británica) por su pertenencia a los sectores público o sin ánimo de lucro?

En la preparación de alimentos, la división técnica y la división habitada del trabajo están de nuevo íntimamente ligadas a la fase del proceso. El trabajo realizado sobre todo por trabajadores emigrantes en las fábricas de alimentos del Reino Unido (p. ej., cocina, montaje y empaquetado), presupone un trabajo realizado corriente abajo por trabajadores agrícolas en África o Latinoamérica (p. ej., recoger y limpiar verduras o cocinar y trincar pollos) y el procesamiento previo (p. ej., licuación, elaboración de salsas especiales), bien en Reino Unido o en otros países. La DT y la PEIT se configuran, pues, mutuamente. Por su parte, el grado de preparación en fábrica da forma al trabajo que queda para el consumidor final. Las tareas de preparación de comida casera (no remuneradas) varían en su naturaleza y cantidad con la expansión de alimentos comercialmente preparados por empleados remunerados (OSTT y DT y PEIT). En la preparación de alimentos las tres dimensiones se articulan a través de las escalas internacional, nacional, subnacional y doméstica.

En cuanto al trabajo de atención a los ancianos, el modo socioeconómico de provisión da forma de modo significativo a la división del trabajo, dado que los diferentes modos engloban típicamente responsabilidades y rangos de tareas (OSTT y DT) más o menos amplias. Incluso se trata de algo nacionalmente específico. En este campo, la PEIT es una dimensión menos prominente de diferenciación e integración del trabajo que las otras dos. Pero la significación del estado como actor económico en la provisión de atención realza la necesidad de prestarle atención a la escala nacional.

Finalmente, el «trabajo del consumo» combina las tres dimensiones de una formación socioeconómica del trabajo. Cómo y qué trabajo realiza el consumidor (OSTT y DT), por contraposición con el realizado por el proveedor/productor/vendedor (PEIT) enlaza directamente con la diferenciación y la integración del trabajo a todo lo largo y lo ancho del proceso como un todo. La siguiente sección desarrolla el razonamiento a favor de reconocer el «poder de consumo» como poder por derecho propio.

«Trabajo del consumo»

Está claro que el trabajo realizado por los consumidores es a menudo clave para completar un proceso de producción o provisión de un servicio. Pero esto no se reconoce en parte alguna dentro del concepto clásico de la división del trabajo, con su enfoque predominante en las tareas realizadas a través de relaciones de mercado antes de llegar al consumidor. Los consumidores son fundamentales para buena parte de la actividad económica

contemporánea, en especial con la expansión del autoservicio, internet y las transacciones telefónicas, el montaje en casa y otras formas de «autoaprovechamiento». Aunque no es, ni mucho menos, una novedad, el trabajo asociado con el consumo lleva los últimos años en continua expansión como consecuencia tanto del cambio socioeconómico como de la innovación tecnológica. Todos estamos familiarizados con el autoservicio en los supermercados, que hoy se expande hasta la auto facturación y la salida automatizada, el embarque automatizado en los aeropuertos y los muebles y equipos para montar en casa. No sólo parece ir en aumento el número de estas tareas que son transferidas de los productores y minoristas al consumidor, sino que nuevas formas emergentes de actividades de ocio, preparación de viajes, gestión financiera, a menudo dependientes de internet, introducen nuevas formas de trabajo del consumidor hasta hoy desconocidas. A lo largo de los años los estudiosos han identificado una variedad de mecanismos para transferir trabajo a los consumidores (p. ej., GLAZER, 1993) o en los que las alteraciones del proceso laboral llegan a incluir el trabajo del consumidor como componente esencial del proceso. Muchos de los ejemplos de MacDonalidización (RITZER, 2001; 2010) requieren de la aportación de trabajo por el consumidor para completar el proceso de compra, incluido el propio McDonalds. La ininterrumpida expansión del autoservicio en tan gran cantidad de campos representa un magnífico ejemplo del «trabajo del consumo», pero no ha sido apenas objeto de estudio sistemático alguno.

Si, como se sugirió en la discusión sobre la SEFL, completar un circuito de producción, distribución, intercambio y consumo implica que los consumidores realicen trabajo para consumir, se sigue que el análisis de la división del trabajo queda incompleto sin incluir este. Si las tareas son transferidas de los productores o minoristas a los consumidores, el marco de análisis ha de ampliarse para incluir esta reconfiguración de la división del trabajo. El trabajo no se limita a desaparecer cuando atraviesa diferentes fronteras económicas. De modo similar, es importante desarrollar conceptos capaces de reflejar el rango de tareas requeridas del consumidor antes o después de consumir, en las que se predique el propio consumo. En el momento actual esta actividad no figura ni en la sociología del trabajo ni en la sociología del consumo.

Hay dos ejemplos que dan una idea de las cuestiones implicadas: los muebles para montar en casa y la lavadora. Los muebles en embalajes planos requieren el montaje por (o en nombre de) el consumidor. El montaje de muebles que requieren los de una compañía como IKEA constituye un componente integral no sólo del modelo de negocio de la compañía, sino también de la totalidad de su proceso de manufactura y diseño. Todas las fases diferentes del trabajo, desde la preparación de la materia prima, al diseño, la manufactura, la carpintería y el tapizado y el embalaje y distribución no sólo están conectadas unas con otras, sino que presuponen el trabajo de montaje final que quedará en manos del consumidor en su propia casa, en un dominio socioeconómico distinto (PEIT, DT y OSTT). Mientras que en el pasado el mobiliario era fabricado y montado por el fabricante y se vendía y entregaba a través de comerciantes en su forma final, el embalaje plano elimina la fase de montaje del empleo remunerado y la transfiere al consumidor. El transporte de los artículos del almacén al hogar se con-

vierte también en responsabilidad del cliente. El trabajo y los costes de transporte y montaje se desplazan pues corriente abajo y a través del dominio socioeconómico hasta el consumidor. En la medida en que el mobiliario ha de ser montado para ser útil, el consumidor tiene trabajo que realizar *después* de comprarlos, pero *antes* de que puedan ser consumido y utilizado. Los consumidores realizan ellos mismos el trabajo (no remunerado) o recurren a una de las nuevas empresas que ofrecen los servicios pertinentes. Así, la aparición del embalaje plano desplaza el trabajo final de montaje asociado a la fabricación de muebles del terreno tradicional de la «producción» al del «consumo», trasladándolo de la fábrica y la tienda al hogar, donde se incorpora el trabajo no retribuido del consumidor.

En el segundo ejemplo, el de la lavadora, la gama de actividades laborales realizadas por el consumidor para sustentar el consumo es de nuevo hartamente evidente por sí misma. Al comprar una máquina nueva, el consumidor tendrá que investigar la gama de máquinas en potencia y comparar sus especificaciones para decidirse por algún modelo en particular. También ha de averiguar cuáles son los comercios pertinentes y cuáles de ellos venden qué modelos, y después encargarla en línea o por teléfono y organizar la entrega. Además de todas estas investigaciones, puede ser necesaria una alteración de la grifería para la instalación, y será necesario hacerse cargo de estos cambios, normalmente mediante la adquisición de los servicios remunerados de un fontanero. Tras su recepción, la máquina ha de ser desembalada, luego instalada, bien por el consumidor en persona o pagando por el trabajo. También tendrá que familiarizarse con las instrucciones, las funciones de la máquina y aprender a utilizarla; someterla a un mantenimiento periódico y, al concluir su vida útil, disponer la recogida y reciclaje de la máquina. Todas estas tareas son distintas al acto en sí de consumir o usar la máquina para lavar.

Estos dos ejemplos realzan la distinción entre el «trabajo del consumo», requisito previo del consumo y del consumo en sí, en el sentido de consumir o usar, o gastar un producto o servicio. La distinción entre los trabajos de producción, minorista y de consumo es también evidente por sí mismo. El primer ejemplo apunta hacia una reconfiguración histórica de la división técnica del trabajo que implica la transferencia de parte del trabajo de producción, a través de espacios socioeconómicos, hasta los consumidores. Parte de la expansión más generalizada del trabajo del consumidor se asocia con tales transferencias en una variedad de campos. Por contraste, el segundo ejemplo no apunta hacia nada nuevo. Más bien pone a la vista un rango de tareas normalmente «invisibles»: el trabajo requerido de los consumidores para poner y mantener en marcha el equipo adquirido. Hay un rango similar de demandas aplicable a los muchos tipos de equipamiento doméstico, de ocio y personales de los que nuestra rutina diaria depende cada vez en mayor medida.

Caracterización del «trabajo del consumo»

El siguiente empeño de caracterizar el «trabajo del consumo» es, por necesidad, provisional, un intento inicial de dar forma a un concepto. Comencemos por una definición preliminar del «trabajo del consumo» como *todo*

trabajo necesario para la compra, uso, reutilización y eliminación de bienes y servicios de consumo. El «trabajo del consumo» (una precondition para el uso) es pues diferente del consumo en sí en el sentido de usar o gastar bienes o servicios.

El trabajo de los consumidores incluye toda una gama de actividades tanto anteriores como posteriores a la adquisición de bienes o servicios que constituyen una condición previa para usar o apreciar estos. Toda mercancía o servicio trae consigo su propio rango específico de tareas de «trabajo del consumo».

Anterior a la compra o adquisición de bienes y servicios es la búsqueda asociada y el trabajo de investigación. Aunque constituye una característica reconocida de las transacciones vía web o remota, también se da por su puesta por otros modos de compra más tradicionales. Las búsquedas y comparaciones en línea, la consulta de catálogos, la visita a comercios y la familiarización con la gama y especificaciones de los elementos comprenden las tareas de consumo más comunes asociadas con esta fase inicial mediante la que los consumidores recopilan la información necesaria para permitirles una elección informada. Está claro que la naturaleza de tal investigación variará de acuerdo con los bienes o servicios a adquirir, ya sean estos provisiones de servicios, entradas para conciertos o ropa vía internet.

A partir de este punto llega la compra en sí, que implica ir de tiendas, efectuar el intercambio y, caso de ser necesario, el transporte de mercancías. Comprar en IKEA impone al comprador demandas muy diferentes a las que impone la compra de bienes en una tienda tradicional de ultramarinos, y a su vez esto difiere de contratar una póliza de seguros en línea o por teléfono. Las nuevas modalidades de compra, que a menudo surgen de la innovación tecnológica, dan por sentadas nuevas habilidades y trabajo por parte del consumidor si han de ser objeto de disfrute por parte de este como objetos de consumo. Los cambios históricos en los modos de vender vienen necesariamente acompañados de los cambios correspondientes en las modalidades de compra, demandas y capacidades asociadas. Una vez realizada la adquisición es frecuente que sea necesario dominar una gama diferentes de tareas antes de que sea posible usar dichos bienes o servicios. En el caso de la lavadora, y en el de otros muchos equipamientos mecánicos, esto puede implicar la necesidad de realizar adaptaciones para su instalación, así como aprender a hacerlos funcionar y cómo manejarlos. Preparar una comida con ingredientes comprados presenta un escenario muy diferente que requiere de una gama de competencias aprendidas por parte de quien cocine, pero presupone también la presencia de una infraestructura funcional de equipamiento y utensilios de cocina así como de una fuente de energía. Apreciar la música clásica puede no requerir aportación alguna inmediata por parte del consumidor, aparte de mantener el equipo en buen estado de funcionamiento. No obstante la apreciación podría depender perfectamente de la familiaridad del oyente con las formas musicales y sus complejidades, así como con modos particulares de escuchar, que representan conocimientos y habilidades a menudo refinados durante años. Montar una mesa o un armario a partir de un embalaje plano plantea una gama muy diferente de demandas al consumidor, que son más fáciles

de reconocer como dependientes de una aportación de trabajo tras la adquisición pero previa al consumo.

El mantenimiento de bienes y servicios puede ser necesario para su reutilización continuada, y la naturaleza y frecuencia de tal «trabajo del consumo» dependerá de los bienes en cuestión. Las revisiones regulares, la actualización del software, la renovación de contratos, la solución de averías, requieren todas ellas atención que es responsabilidad del consumidor organizar o prestar. Con el tiempo, los sistemas tecnológicos, incluyendo la aparición de sistemas más amistosos para con el usuario, que podrán reducir los intervalos de tiempo o la aportación de trabajo requeridos para el mantenimiento, representan un buen caso a estudiar. Hace treinta años el mantenimiento de un automóvil era una tarea mucho más onerosa que implicaba todo tipo de comprobaciones bajo el capó con calibres e instrumentos especializados (por ejemplo para medir y ajustar la distancia entre electrodos en las bujías) cuyo uso era necesario aprender. Por comparación, hoy las demandas son mínimas.

Desechar eventualmente bienes una vez consumidos estos puede exigir también trabajo eventual por parte del consumidor, y esto es cada vez más cierto al ir desarrollando las sociedades una creciente conciencia ambiental. De las diversas formas de desechar, el reciclaje de las basuras domésticas impone demandas regulares y rutinarias a los consumidores para que su basura sea recogida. A lo largo de la última década, la transformación de la recolección y eliminación de basuras ha tenido un marcado impacto en la actividad doméstica rutinaria, al requerir de los consumidores que clasifiquen y separen diferentes categorías de desechos de un modo particular, bien para su recogida en la cuneta, bien para su transferencia a centros de reciclaje². Esto representa una forma de «trabajo del consumo» nueva y en expansión.

El «trabajo del consumo» como actividad económica

Así pues, estas son algunas de las tareas a incluir bajo la rúbrica de «trabajo del consumo». Las diferentes fases del ciclo de producción y provisión hasta el consumo requieren diferentes tipos de aportación por parte de los consumidores. En la mayoría de los casos los consumidores dan por sentadas estas demandas y las consideran simplemente el modo normal de hacer las cosas, sin pensárselo dos veces ni pensar en ellas como trabajo o algo oneroso. Pero, desde la perspectiva de la actividad económica, la satisfacción de las tareas es clave integral de, y se da por supuesta respecto a, la compleción y repetición del proceso. El hecho de que se hayan individualizado y convertido en responsabilidad de consumidores u hogares individuales, de que se realicen fuera del mercado o las relaciones económicas formales y que no sean remunerados no debe hacer que se subestime su papel. Lo que es más, cuando se las toma por separado en relación con una fase determinada del circuito o un bien de consumo particular, pueden no ser gran cosa. Pero cuando se las considera colec-

² El reciclaje es uno de los terrenos empíricos de mi programa de investigación ERC sobre el «trabajo del consumo». Los otros son la preparación de los alimentos y la instalación doméstica de banda ancha.

tivamente como la totalidad de todas las tareas asociadas a todas las fases de un proceso, en relación con todos los bienes y servicios de consumo, el panorama se muestra diferente. Desde este punto de vista, el «trabajo del consumo» puede considerarse un extenso terreno de actividad y uno que normalmente no es reconocido, desde luego en la teoría pero a menudo tampoco en la práctica. El hecho de que el trabajo requerido de los consumidores no suela mencionarse y pueda no experimentarse como tal no significa que el trabajo de los consumidores como forma de trabajo sea insignificante o no asequible al análisis. Mi objetivo al agrupar bajo un encabezamiento y poner nombre a la dispar gama de tareas necesarias para abrir una gran caja negra, es señalar una forma de trabajo que, aunque necesaria, ha sido en gran medida invisible o ignorada. El «trabajo del consumo» es aplicable siempre que haga falta trabajo para la adquisición, la utilización, la reutilización y la eliminación de mercancías.

Esta caracterización inicial ha sugerido que la adquisición de capacidades es implícita a muchos casos de «trabajo del consumo», algo que es necesario subrayar. El «trabajo del consumo» implica con frecuencia la adquisición de un conjunto de competencias, no una sola, o simplemente el uso del manual de instrucciones del producto. Cocinar requiere una acumulación previa de toda una gama de conocimientos que, de no transmitirse informal o generacionalmente, han de ser aprendidos formalmente (LEADBEATER, 1999). Que tal conocimiento sea a menudo tácito no resta un ápice a su existencia. Si bien es posible dar por sentada la presencia de tal conocimiento, no es posible decir lo mismo de su ausencia. El presunto declive de las capacidades culinarias en el Reino Unido da lugar, a intervalos bastante regulares, a actos de fe públicos que bordean el pánico oral. Conducir un coche también depende de la adquisición previa de competencias definidas: aprender a conducir, a leer mapas (aunque esto se puede soslayar mediante la navegación por satélite, o GPS), familiarizarse con el código de la circulación y las reglas e indicadores de las carreteras. De hecho esto se impone legalmente mediante un examen que es necesario aprobar para adquirir un permiso de conducir. Así pues, un elemento importante del «trabajo del consumo», además del de realizar las propias tareas preparatorias para este, es la adquisición de las habilidades y el conocimiento requeridos para ejecutarlo.

Está claro que el perfil del «trabajo del consumo» parece diferente según la lente con la que se observe. Visto desde la perspectiva del consumidor o la familia consumidora, surge en primer lugar la cuestión de realizar las tareas en sí en relación con bienes o servicios individuales. Pero, por añadidura, los consumidores también se enfrentan al desafío de coordinar la realización de tareas asociadas con todo el rango de bienes y servicios de consumo. En cualquier momento el consumidor probablemente se encuentre orquestando o realizando múltiples tareas, cuya finalización con éxito requerirá coordinación. La coordinación de todas las actividades laborales del consumidor añade otra dimensión por encima y más allá de lo requerido por cada producto o servicio individualmente considerado. Comprende la suma de actividades laborales de consumo en relación con productos o servicios y es una importante actividad de consumidor o familia por derecho propio. En vez de quedar limitado a tareas relacionadas con bienes específicos, el trabajo de los consumidores implica combinar todas estas actividades e incluye la planifica-

ción además de la coordinación. Así, el «trabajo del consumo» es mucho mayor cuando se ve como una forma de actividad del consumidor o la familia que cuando se considera en relación con productos o servicios específicos.

Hasta aquí, se ha descrito el «trabajo del consumo» como algo a realizar personalmente, sin remuneración, por los consumidores. No obstante, también ofrece oportunidades de que los consumidores externalicen ciertas tareas a otros a cambio de un pago. Muchos pequeños negocios ofrecen servicios de montaje de muebles o de instalación de equipos informáticos. Los grandes supermercados del Reino Unido ofrecen todos ellos un servicio de entrega a domicilio para las compras por internet. Así pues, los consumidores pueden encargarse del traslado o pagar porque lo realicen otros. Cuando las tareas se externalizan, se desplazan a través de la frontera socioeconómica desde el trabajo no remunerado del consumidor o la familia hasta un empleo remunerado en el mercado. Cuando es realizado a cambio de una remuneración por negocios intermediarios, el trabajo cuenta como trabajo remunerado en vez de como «trabajo del consumo». Si los consumidores emplean a intermediarios para realizar las compras, o para instalar equipos, entonces la actividad es, a todos los efectos «devuelta» al campo del trabajo remunerado mercantilizado. No obstante, si son los consumidores quienes realizan por sí mismos esas tareas, se trata de «trabajo del consumo». Las entregas a domicilio de Tesco no son «trabajo del consumo» mientras que la compra realizada por consumidores sí lo es. Así pues, las relaciones socioeconómicas en cuyo seno se realizan las tareas son cruciales a la hora de determinar si las actividades de trabajo cuentan o no como «trabajo del consumo».

Las competencias y la adquisición de las habilidades y el conocimiento apropiados, junto con los desafíos de la coordinación son por tanto centrales para el rendimiento y la organización reales del «trabajo del consumo», y han de incluirse en su rango de actividades. No obstante, también es posible que los consumidores compren los servicios de otros, en cuyo caso, el trabajo necesario para el consumo, cuando se realiza en nombre de los consumidores, pero no directamente por estos, revierte al mercado de trabajo y al trabajo remunerado tal como se entienden ambos convencionalmente.

Conclusión

He defendido la necesidad de una renovación del concepto de división del trabajo. Como concepto fundacional de la sociología, hizo su aparición en una coyuntura histórica específica para abordar los grandes cambios sociales del siglo XIX. Pero ha de ser revisada para que pueda estar a la altura de las transformaciones socioeconómicas, muy diferentes pero no por ello menos importantes de nuestros días. Este trabajo es un paso preliminar que propone un marco multidimensional y a múltiples niveles en el que el concepto se examina en el contexto de una perspectiva más amplia. Además de la división técnica del trabajo, se distinguen dos dimensiones adicionales de integración y diferenciación del trabajo: las interdependencias entre diferentes modos socioeconómicos de trabajo, y a través de procesos de trabajo globalmente instituidos –cada una de ellas conecta y diferencia el

trabajo de modos característicos, se asocia con diferentes dinámicas y está sometida a diferentes procesos de cambio—. Un segundo nivel de análisis aborda la interacción entre estas tres dimensiones y el modo en que se combinan en una formación socioeconómica global de trabajo.

El trabajo de los consumidores es parte integral del marco propuesto, y el trabajo también ha planteado las razones para el reconocimiento del «trabajo del consumo» como una forma distinta de trabajo, crecientemente significativa en la vida económica contemporánea.

Todas las proposiciones son preliminares, esquemáticas y requieren de un considerable desarrollo. Representan los primeros pasos en un largo pero urgente proceso de revitalización de la división del trabajo para dotar así a la sociología del trabajo de mayor capacidad para enfrentarse a las transformaciones globales y locales del trabajo en el siglo XXI.

Bibliografía

- ACKER, J. (2006), *Class Questions: Feminist Answers*, Lanham, Maryland, Rowan & Littlefield.
- BAIN, P. y TAYLOR, P. (2000), «Entrapped by the “electronic panopticon”? Worker resistance in the call centre», *New Technology, Work and Employment* 15 (1), pp. 2-18.
- BEYNON, H.; GRIMSHAW, D.; RUBERY, J. y WARD, K. (2002), *Managing Employment Change*, Oxford, Oxford University Press.
- BRADLEY, H. (1989), *Men's Work, Women's Work*, Cambridge, Polity Press.
- (2007), *Gender*, Cambridge, Polity Press.
- BRAVERMAN, H. (1984), *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*, Nueva York, Monthly Review Press.
- CASTLES, S. y MILLER, M. (2003), *The Age of Migration*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- COHEN, R. (1987), *The New Helots: Migrants in the International Division of Labour*, Aldershot, Avebury.
- CROMPTON, R. (2006), *Employment and the Family*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DICKEN, P. (2007), *Global Shift: Mapping the Changing Contours of the World Economy*, 5.ª ed., Londres, Sage.
- DURKHEIM, É. (1893, 1964 ed.), *The Division of Labour in Society*, Nueva York, Free Press.
- GERSHUNY, J. (2000), *Changing Times. Work and Leisure in Postindustrial Society*, Oxford, Oxford University Press.
- GLAZER, N. (1993), *Women's Paid and Unpaid Labor: The Work Transfer in Health Care and Retailing*, Temple University Press, EEUU.
- GLUCKSMANN, M. (1995), «Why “Work”? Gender and the “total social organisation of labour”», *Gender, Work and Organisation* 2 (2), pp. 63-75.
- (2000), *Cotton sand Casuals: the Gendered Organisation of Labour in Time and Space*, Durham, Sociology press.
- (2004), «Call configurations: varieties of call centre and divisions of labour», *Work, Employment and Society* 18 (4), pp. 795-811.

- (2007), «Telephone transactions: instituting new processes of exchange and distribution», en M. Harvey, R. Ramlogan, S. Randles (eds.), *Karl Polanyi: new perspectives on the place of the economy in society*, Manchester, Manchester University Press.
- (2008), «Transformations of work: ready made food and new international divisions of labour», Paper to Centre for Comparative Labour Studies, Warwick University.
- Guardian* 12, 13 de diciembre de 2008.
- HARTMANN, H. (ed.) (1981), *The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*, Londres, Pluto Press.
- HARVEY, M. (2007), «Instituting economic processes in society», en M. Harvey, R. Ramlogan, S. Randles (eds.), *Karl Polanyi: new perspectives on the place of the economy in society*, Manchester, Manchester University Press.
- LEADBEATER, C. (1999), *Living on Thin Air: the New Economy*, Londres, Viking.
- LYON, D. y GLUCKSMANN, M. (2008), «Comparative Configurations of Care Work across Europe», *Sociology* 42 (1), pp. 101-118.
- MARX, K. (1887), *Capital Volume 1*, Harmondsworth, Penguin (1976), Chapter 14: The Division of Labour and Manufacture.
- MCDOWELL, L. (2005), *Hard Labour. The forgotten voices of Latvian migrant volunteer workers*, Londres, University College London Press.
- PAHL, R. (1984), *Divisions of Labour*, Oxford, Blackwell.
- (1988), «Epilogue: on work», en R. Pahl (ed.) *On Work: Historical, Comparative and Theoretical Perspectives*, Oxford, Blackwell.
- PETTINGER, L.; PARRY, J.; TAYLOR, R. F. y GLUCKSMANN, M. (eds.) (2006), *A New Sociology of Work?*, Oxford, Blackwell Publishing/The Sociological Review.
- POLANYI, K. (1957), «The economy as instituted process», en K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. Pearson (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*, Nueva York, Free Press.
- PRINGLE, R. (1998), *Sex and Medicine. Gender, power and authority in the medical profession*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RITZER, G. (2001), *Explorations in the Sociology of Consumption. Fast Food, Credit Cards and Casino*, Londres, Sage.
- (2010), *Enchanting a Disenchanted World. Continuity and Change in the Cathedrals of Consumption*, Los Ángeles, Sage.
- SMITH, A. (1776), *The Wealth of Nations*, ed., intro. y notas de A. Skinner (1986-1999), Harmondsworth, Penguin.
- STRANGLEMAN, T. y WARREN, T. (2008), *Work and Society. Sociological approaches, themes and methods*, Londres, Routledge.
- TAYLOR, P.; MULVEY, G.; HYMAN, J. y BAIN, P. (2002), «Work organisation, control and the experience of work in call centres», *Work, Employment and Society* 16 (1), pp. 133-150.
- TAYLOR, R. F. (2004), «Extending conceptual boundaries: work, voluntary work and employment», *Work, Employment and Society* 18 (1), pp. 29-49.
- (2005), «Rethinking voluntary work», en J. Parry, R. Taylor, L. Pettinger, M. Glucksmann (eds.), *The New Sociology of Work?*, Oxford, Blackwell/Sociological Review Monograph.
- WALBY, S. (1977), *Gender Transformations*, Londres, Routledge.